

DIARIO DE

Los hermanos DE LA tinta

Diario de los hermanos de la tinta noviembre 2020





**DIARIO DE
LOS HERMANOS DE LA
TINTA**

**HERMANO MAYOR Y
FUNDADOR**
Carlos Bracho

HERMANARIO:

COORDINACIÓN
Carlos B. Bustamante

PUBLICIDAD
Graciela Bracho

DISEÑO
Daishla Herrera

ASESORÍA LEGAL
Betty Zanolli Fabila

CONTACTO
Bucareli No. 128 depto
C-8
Col. Juárez CP 06600
Alcaldía Cuauhtemoc.
CDMX
cbracho@prodigy.net.mx

Portada: Obra de Graciela Bracho

tinta de la pluma de **Carlos Bracho**

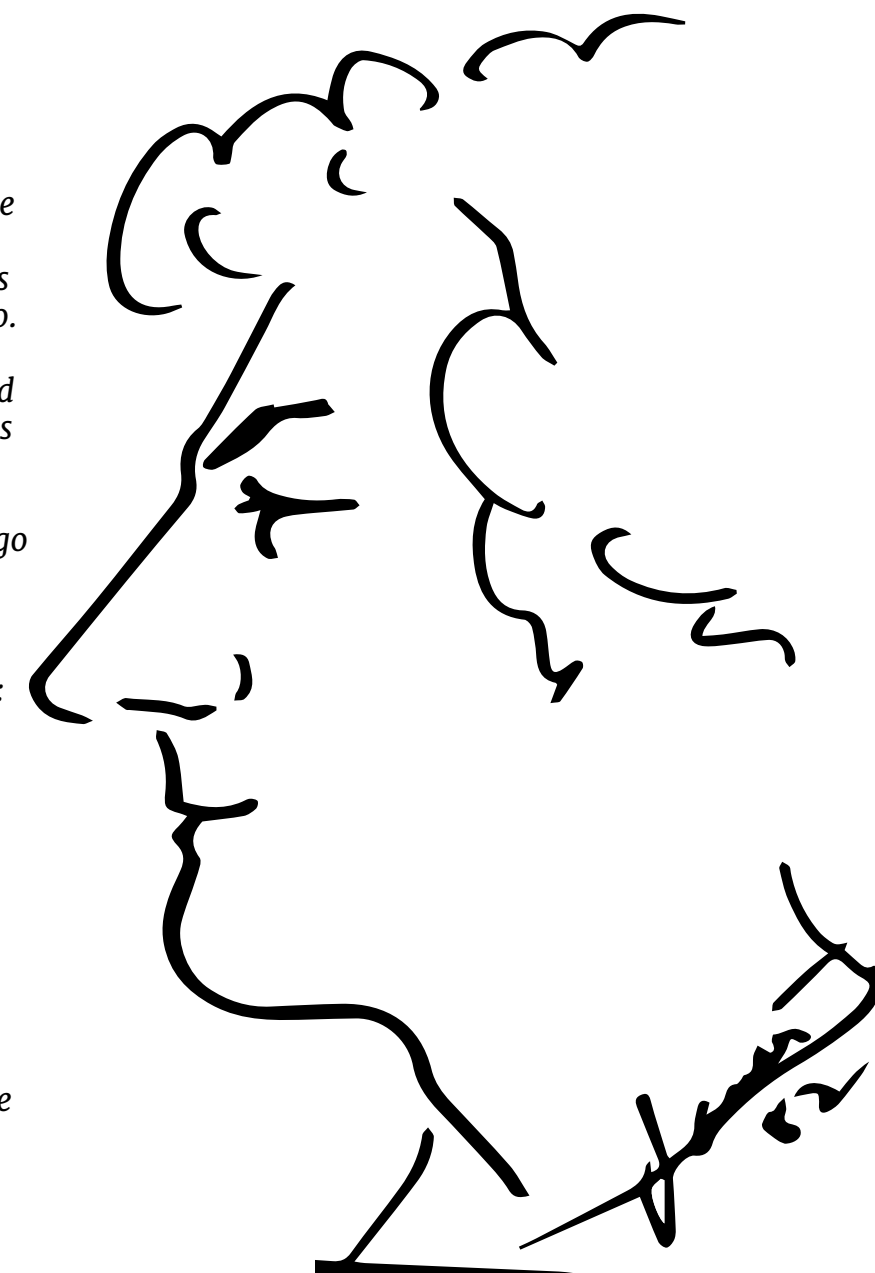
*Parece que todo marcha viento en popa.
En nuestro primer número, de octubre, se
publicaron
colaboraciones de hermanas y hermanos
de la tinta que, creo, merecen un aplauso.
Sí. Cada
artículo lleva la firma, el estilo, la calidad
de la que sus autores hacen gala en todas
sus
publicaciones. Y con la lectura de dichas
creaciones, veo lo que en nuestro decálogo
se establece:*

LOS HERMANOS DE LA TINTA

Decálogo:

- 1.- (Estamos de acuerdo con Fitzgerald):
"deseamos escribir algo hermoso y
sencillo, pero con una estructura
complicada"*
- 2.- No deseamos el mal a nadie.*
- 3.- No vamos a atacar a ningún otro
creador.*
- 4.- Todos los verdaderos creadores son
buenos.*
- 5.- No vamos a entrar en batalla con
ningún individuo.*
- 6.- La libertad en la creación es la fuente
de la Paz.*
- 7.- Nuestro coraje o rabia es contra
nosotros mismos.*
- 8. No queremos descubrir el hilo negro.*
- 9.- Ver un libro editado es nuestra pasión.*
- 10.-Escribimos humildemente para
nosotros mismos.*

Dibujo de Jaubert



Contenidos

PERverso

<i>Bajo el árbol de mis venas</i> Jorge Ruiz Dueñas	6
<i>Crista Marina</i> Mario Saavedra	7
<i>Para entonces</i> Manuel Gutiérrez Nájera	8
<i>Recien muerto</i> Pedro Garfias	9

PERóxido

<i>La independencia</i> José Luis Hernández Jiménez	10
<i>Los ángeles guardianes</i> Ignacio Trejo Fuentes	16

PERdurable

<i>El exilio español</i> Carlos Bracho	18
<i>Refranes del Quijote</i>	23
<i>Aire Musical</i> Eduardo Rodríguez Solís	22
<i>Seis personajes en busca de autor</i> Betty Zanolli Fabila	24
<i>Homero AridijiS, 80 años</i> José Miguel Naranjo Ramírez	28
<i>La muerte en la poesía mexicana</i> Horacio Valencia	32

PERseguir

<i>Una muralla de flores</i> Carlos Bracho	37
<i>Censo del alma</i> Bernardo Ruiz	38
<i>Tamborilero</i> Citlali Ferrer	43
<i>Novela: Balam Antsetik</i> Carlos Bracho	44

Bajo el árbol de mis venas

tinta de la pluma de Jorge Ruiz Dueñas

Ciudad de México

Bajo el árbol de mis venas
fluye la corriente de los años
Marcha un hombre tras su sombra
Ignoro si soy yo
en la marea verde del campo
Veo
un sendero de hojas descompuestas
una eternidad sin techo
un leopardo de Anatolia que me acecha
Dónde están los designios
enraizados en la faz del tiempo
Sonámbulo te busco en el otoño
cuando caen las avellanas
y veo tus lágrimas en la sombra erguida
allí donde la oruga alza su vuelo
Lejos ya del lecho de la arena
el sabor de tu carne
se va a un pozo de olvido
y el fango denso surge donde antes había brío
porque es el tiempo de lavar mis ropas
y la música de la violencia ya no existe
y los nuevos estilos
como clanes
imponen su quehacer

su soberbia
e inaudibles plegarias de justicia
Atrás quedó
la casa del saber
el mundo de antes
los verbos de lenguas extintas
las fuentes fervorosas y termales
y el suicida agotado ya por convulsiones
apenas escribe el poema de su despedida
Bajo el árbol de mis venas
fluye la corriente de los años



Jorge Ruiz Dueñas, Diván de Estambul,
Ediciones Papeles Privados, México,
2015.

Crista Marina

tinta de la pluma de Mario Saavedra

Ciudad de México

Cristal de la mañana
Marina de la tarde
Sobreviviente de la desolación y el abandono
Simulacro de muerte, pasión de vida
Vino a iluminarnos la pendiente
De este mundo a oscuras
Auscultación de la existencia estremecida
Aullido de una masacre intempestiva
Ángel de la noche y dios del día
Nos hizo más llevadera la partida
De ese otro alguien que era luz en la intemperie
Profundidad del firmamento, sabiduría
Mensajera del hijo muerto
En su regreso nos hablaba al oído
Como susurrándonos la música divina
Su muerte ha acabado de socavar mis entrañas
De volverlas en carne viva
Inhóspita barbarie nos la quita del regazo
Para volverla a las tinieblas de la Nada
Que es la ausencia
Del estar al no estar
Del hablar al callar
Del mirar al no ver
Cristal de la mañana
Marina de la tarde.

Para entonces

tinta de la pluma de Manuel Gutiérrez Nájera
México

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste, retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895)

Recién muerto

tinta de la pluma de Pedro Garfias
España

Me gustaría
que fuese tarde y oscura
la tarde de mi agonía.
Me gustaría
que quien cerrase mis ojos
tuviese manos tranquilas.
Me gustaría
que los presentes callasen
o llorasen con sordina.
Me gustaría
que fuesen pocos y aun menos
de los que se necesitan.
Me gustaría
que en el silencio del mundo
se oyese crecer la espiga.
Me gustaría
que la tierra fuese dura
como piedra conmovida.
Me gustaría
que me llenasen la boca
de tierra mía.

Si a los que van a matar
les dan todo lo que pidan
dejadme pedir de muerto
lo que a mí me gustaría.



La independencia

tinta de la pluma de José Luis Hernández Jiménez

Ciudad de México

El 27 de septiembre de 1821, todo era euforia en la Nueva España. Gente por todas partes, sin conocerse entre sí, se saludaban y abrazaban. Multitudes se agolpaban a lo largo de las avenidas que vienen desde Chapultepec, pasan por Tacubaya, San Cosme, la Alameda central, Plateros (hoy calle de Madero),...para ver pasar al Ejército de las Tres Garantías – Independencia,

Religión y Unión – encabezado por Agustín de Iturbide, montado en su corcel negro, y un poco atrás de él, Vicente Guerrero.

Las crónicas de la época son deslumbrantes sobre dicha fecha; Banderas por todas partes, con sus colores verde, blanco y rojo, combinación que por primera vez se lucía, dejando en el pasado, la del blanco y el azul. Hasta los chiles en nogada, receta de las monjas de los conventos, se estrenaron ese día, en el paladar de los mexicanos.

Aquel año, el Virreinato de la Nueva España (había otros tres al sur del Continente), rompió su calma chicha debido a fuertes cambios políticos en la vieja España. Por ello, al hombre fuerte del momento, Iturbide, se le había prendido el foco, e hizo de las suyas, primero elaborando un Plan para lograr la Independencia de la Nueva España con respecto a la vieja España, el Plan de Iguala, después desobedeciendo la órdenes del Virrey, pues en lugar de combatir y arrestar al último guerrillero insurgente en activo, Vicente Guerrero, lo fue a buscar para proponerle se uniera a sus filas para luchar juntos por dicho Plan, incluso adoptando una nueva bandera, que el mismo Agustín mando a hacer al sastre amigo suyo, José Magdaleno Ocampo, con los colores verde, blanco y rojo.

Lograda la firma de Guerrero, en Iguala, “Intendencia de México”, el 24 de febrero, Iturbide fue a hacer lo mismo pero con los jefes realistas, hasta que prácticamente todo el Ejército Imperial se puso del lado de la causa independentista; Así, con la fuerza

de su lado, fue logrando el consentimiento de todas las fuerzas vivas, o poderes reales, diríamos hoy, de la época, para concretar el noble propósito.

Terminada esta parte de la tarea, fue al encuentro del nuevo Virrey (el último de la Nueva España), don Juan Odonojú, recién desembarcado en Veracruz para suplir al que iba de salida, don Apodaca, para plantearle la nueva realidad: la Nueva España se declaraba independiente del reino, y no había de otra. La cita fue en la Villa de Córdoba, el 24 de agosto de 1821. A don Juan no le quedó más que firmar no el Plan de Iguala, pues él era el representante del Rey de España, pero si algo similar y complementario, Los Tratado de Córdoba.

Se hicieron los arreglos debidos y planearon los protocolos correspondientes, para la trasmisión del poder político, del representante de España, Odonojú, al representante del Nuevo Imperio Mejicano (sic), Iturbide. El 25 de septiembre, todo quedó listo. El 27 sería el desfile militar, con el Ejército de las Tres Garantías, conmemorando la separación del Nuevo Imperio (mexicano) del Viejo Imperio (España) – éste es el verdadero Día de nuestra Independencia - y el 28 se firmaría el Acta de Independencia, también – como los documentos citados - elaborada de puño y letra del propio Iturbide.

Por cierto, ¿saben mis cuatro o cinco lectores, contenido y firmantes, del Acta de independencia? Mm, lo supuse. Se los comparto. Va,

respetando la ortografía original: “Acta de Independencia del Imperio Mexicano, pronunciada por su Junta Soberana congregada en la capital de él, el 28 de septiembre de 1821.

“La nación mexicana que, por trescientos años, ni ha tenido voluntad propia ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.

“Los heroicos esfuerzos de sus hijos, han sido coronados, y está consumada la empresa, eternamente memorable, que un genio, superior a toda admiración y elogio, amor y gloria de su Patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó al cabo, arrollando obstáculos casi insuperables.

“Restituída pues, esta parte del septentrión al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la Naturaleza, y reconocen por inenagenables y sagradas las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo que mas convenga a su felicidad, y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios, comienza a hacer uso de tan preciosos dones, y declara solemnemente, por medio de la Junta Suprema del Imperio, que es Nación Soberana e Independiente de la antigua España, con quien, en lo sucesivo, no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha, en los términos que prescribieren los Tratados; que entablará relaciones amistosas con las demás potencias. ejecutando, respecto de ellas, cuantos actos pueden y están en posesión de ejecutar las otras naciones soberanas; que

va a constituirse, con arreglo, a las bases que en el Plan de Iguala y Tratado de Córdoba estableció, sabiamente, el Primer Jefe del Ejército Imperial de las Tres Garantías, y en fin que sostendrá a todo trance, y con el sacrificio de sus haberes y vidas de sus individuos (si fuere necesario) esta solemne declaración, hecha en la capital del Imperio a veinte y ocho de septiembre del año de mil ochocientos veintiuno, primero de la Independencia Mexicana”. Y los nombres y firmas de:

“Agustín de Iturbide, Antonio Joaquín Pérez Martínez, Manuel de la Bárcena, Matías de Monteagudo, José isidro Yáñez, José María Fagoaga, José Miguel Guridi y Alcocer, Miguel de Cervantes, Manuel María de Heras Soto, Juan Francisco de Azcárate, Juan Bautista Lobo, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Antonio de León y Gama, José Manuel Sartorio, Manuel Velázquez de León, Manuel Montes Argüelles, Manuel de la Sota Riva, José Mariano de Sardaneta, José Ignacio García Illueca, José María de Bustamante, José María de Cervantes, Juan María Cervantes, José Manuel Velázquez de la Cadena, Juan de Horbegozo, Nicolás Campero Bustamante, Pedro José Romero de Terreros, José María de Echevers, Manuel Martínez Mancilla, Juan Bautista Raz y Guzmán, José María de Jáuregui, José Rafael Suárez de Peredo, Anastacio Bustamante, Isidro Ignacio de Icaza, Juan José Espinoza de los Monteros”. Son 34 firmantes - entre ellos 5 de España, 1 de Argentina y 1 de Venezuela -, todos escogidos por Agustín de Iturbide, de

entre los mas poderosos y reacios a la Independencia, como para que nadie se arrepintiera. En dicha lista hay 12 abogados, 6 eclesiásticos, 6 militares, 5 terratenientes, 3 comerciantes y 2 mineros. Así que dichos firmantes son realmente, los Padres de la Patria Mexicana – de acuerdo a la costumbre de todas las naciones - y el documento, el Acta de “nacimiento” del nuevo país.

Luego hubo de esperar algunos meses, durante los cuales, el Rey de España, Fernando VII, desconoció los Tratados de Córdoba, descalificando gacho a su representante Odonojú; Enseguida rechazó que él o alguien de su descendencia fuera declarado líder del Nuevo Imperio Mexicano y...La madrugada del 19 de mayo de 1822, por 67 votos a favor y 15 por consultar a las provincias, el Congreso Mexicano decidió nombrar Emperador a Agustín de Iturbide y a su esposa, doña Ana Huarte, Emperatriz. El 4 de junio, Vicente Guerrero, le escribió al Emperador Agustín de Iturbide: “Nada faltó a nuestro regocijo, sino la presencia de Vuestra Majestad Imperial; resta echarme a sus imperiales plantas y el honor de besar su mano, pero no será muy tarde cuando logre esta satisfacción, si Vuestra Majestad lo permite“. La coronación se llevó al cabo el 21 de julio de 1822.

Tiempo después ambos, Iturbide y Guerrero, quien llegó a ser Presidente, fueron fusilados, en momentos diferentes, Agustín el 19 de julio de 1824 (su esposa, fue desterrada a EU y condenada a vivir de limosna), y Vicente, el 14 de febrero de

1831, ambos “por traición a la patria” sí, al igual que Hidalgo y Morelos....Paradojas y traumas de la historia nacional.

Poco antes de ser fusilado, en Padilla, Tamaulipas, Iturbide gritó: “¡Mexicanos, muero con honor por haber venido a ayudaros, y gustoso porque muero entre vosotros. En el acto mismo de mi muerte, os recomiendo el amor a la Patria!”. Sus restos siguen en la Catedral Metropolitana en donde hay una leyenda: “Agustín de Iturbide, autor de la independencia mexicana. Compatriota, llóralo, pasajero, admíralo,...!”

Pero sus nombres, de Agustín y de Vicente, llegaron a estar juntos, en el “Grito” de Independencia de cada año y hasta en letras de oro, en la Cámara de Diputados, hasta que en 1921, por órdenes directas del Presidente Álvaro Obregón, se dice que luego de algunas copitas de cognac, ordenó que el nombre del Padre de la Patria, fuese arrancado del muro legislativo, y de la historia oficial. Dicha historia, recuérdese, fue escrita ¿por los neoliberales? ¡No!, por los liberales originales. ¡Ah, la Independencia!



Notitas: Una.- Que la COVID19 – “a la baja -” sigue causando estragos en México. Al 27 de septiembre van 730 mil 317 contagiados y 76 mil 430 fallecidos por lo mismo.

Datos oficiales. Los extraoficiales son muchos mas! Dos.- Que desde el gobierno de la 4T se dijo que se construiría una nueva refinería en Dos Bocas, Tabasco, y que costaría 3 mil millones de dólares; Luego, su costo subió a 6 mil; Después rectificaron diciendo que el costo sería de 8 mil; Ahora acaban de anunciar que dicho costo será de 8 mil 919 millones de dólares (mas de 200 mil millones de pesos). Por lo visto a doña Nahle no se le dan las matemáticas. Tres.- Que nuestro H Presidente acaba de ordenar (no el Congreso, eh!) que se transfieran 10 mil millones de pesos (7 de la SCT y 3 de la SEDENA), al gobierno de doña Sheinbaum, “para equipamiento de la CDMX”. Mas bien parece que son para tener mas votos en el 2021. Cuatro.- Que dice la DEA que Pablo Escobar “el patrón del mal”, tenía ganancias anuales por 29 mil millones de dólares. Y que ahora, los cárteles mexicanos tiene ganancias anuales por 130 mil millones de dólares. Y cómo no va a ser si un solo gramo de cocaína en EU, se vende a 153 dólares. Y casi toda la droga pasa de México a EU, por su frontera. Cinco.- Que dice la OCDE que el PIB mexicano, en 2020 caerá mas de 10 puntos. Claro, si, como informa el INEGI, la inversión directa, el consumo y las exportaciones, motores de cualquier economía, cayeron drásticamente. Seis.- Que hay que hacer ejercicio e ingerir mucha agua, verduras y frutas, para podernos defender mejor, si nos agarra el coronavirus. ¿va?

Correo E hernandez-jimenez2012@hotmail.com

México, CDMX, a 28 de Septiembre del 2020.

Los ángeles guardianes

tinta de la pluma de Ignacio Trejo Fuentes

Ciudad de México

Dicen que por las noches se dedica a recorrer clínicas y hospitales para auxiliar a los enfermos; dicen que es un fantasma: que en vida fue una enfermera sangrienta y cruel y por eso, al morir, no pudo entrar al cielo y vaga por el mundo pagando sus culpas, tratando de alcanzar de ese modo las llaves del reino prometido a los justos; se le conoce como La Almidonada, por el roce que se produce en su uniforme: eso, y su proclividad a curar enfermos graves, es su sello particular.

La Almidonada ronda por todas partes que huelan a cloroformo y alcohol y sangre, desde un campamento miserable en los pueblos hasta los más fastuosos hospitales; parece preferir la Cruz Roja, pues allí es donde más suele vérselo: ¿será porque es allí donde van los pacientes más pobres y su misión consiste precisamente en auxiliar a los desprotegidos?

La Almidonada anda por ahí. Se han topado con ella algunas enfermeras y

Del libro
La Fiesta y la Muerte Enmascarada
Editorial Colibrí. 1999

médicos y afanadoras y algunos camilleros, pero quienes más la han visto son los propios enfermos; se dice que es de mediana estatura, silenciosa, de acaso cuarenta años, morena, sin duda mexicana, y se aparece a medias de la noche, o en la alta madrugada, cuando nadie la espera o la presiente. Es común que una enfermera de este mundo llegue a donde yace su paciente para inyectarlo, para cambiarle el suero o el pañal, para darle sus medicinas, para medirle el pulso, la presión, para algo de esas cosas mágicas que ellas saben hacer (la luna se puede tomar a cucharadas o como una cápsula cada dos horas); y es frecuente, decía, que el antes infeliz y atosigado por sus males, y aquel de quien se creía no iba a terminar vivo la noche, esté sonriente y tan agradecido por la atención que le diera otra enfermera: -¿cuál enfermera? Si yo soy la única en ese turno, la encargada de atenderlo a usted.

-La señorita tan amable que acaba de salir, la que hace ruido con su ropa y huele a almidón.

La pobre enfermera de este mundo se pone pálida y pierde el resuello; sabe lo que sabe todo el mundo en clínicas y hospitales de esta ciudad nocturna: que La Almidonada estuvo ahí para ayudarla en su trabajo y a vivir al que tan solo un poco antes se sabía desahuciado; se santigua y reconoce que su enfermo ha sanado y sale a contarle a quien quiera escucharle a esas horas de la noche que La Almidonada anda por ahí.

¿Será esta mujer el único fantasma que ronda por donde huele a enfermedad y muerte? No se sabe.

Se tiene por seguro, en cambio, que los hospitales, en las noches, hay cientos de ángeles guardianes, de santos y de santas vestidos con uniformes generalmente blancos que se parten el alma y las pestañas y el sueño con tal de que la gente sane y sobreviva; son entes cargados de piedad y de amor por el prójimo.



Grabado :Luis Garzón

El exilio español

tinta de la pluma de Carlos Bracho

Ciudad de México

El exiliado es el que más se asemeja al desconocido, el que llega, a fuerza de apurar su condición, a ser ese desconocido que hay en todo hombre y al que el poeta y el artista no logran sino muy raramente llegar a descubrir” María Zambrano.

Imagino el bullicio que había en el puerto de Veracruz. Miles de miradas curiosas

de los nativos que salieron de sus hogares para darles la bienvenida a los niños de España, a los hijos que habían dejado a sus padres en el frente de guerra, a los hijos de los que ya habían pagado el tributo a la tierra y que habían sucumbido a la metralla franquista.

“El Gobierno de la República Española me mandó en esta expedición a México para salvarme de los aviones negros”. “Yo vivía en Madrid, mi padre tenía una casa, los

madre a Barcelona y luego me mandaron a México, ella quedó allá, mi padre lucha en el frente”. “Mi madre me dijo que viniera a México, para que no me mataran los aviones, como están matando niños de Madrid y otras ciudades de España”. “Estas flores me las regaló un niño mexicano, me gustan mucho, porque son muy bonitas, además... me recuerdan mi tierra, Andalucía”.

“Cuando acabe la guerra yo regresaré a España, hay que trabajar muy duro para la República. No podré olvidar nunca México ni su gran Presidente”. “México es un gran país, el Presidente Cárdenas es nuestro mejor amigo. ¡Viva México!”

El calor del puerto y el azoro de los jarochos que acudieron ese día de junio para ver bajar del SINAIA a hombres y mujeres de la España Peregrina. Niños, jóvenes, mujeres, niñas, hombres azorados que descubrían otro mundo, otras tierras, otras manos, otras voces. Día venturoso, día avasallador –el SINAIA inició el éxodo masivo hacia las costas de Veracruz. De febrero a junio de 1939 casi seis mil refugiados llegan a tierras mexicanas- día para marcarlo con tinta indeleble en las páginas del libro de la historia.

Día que marca el inicio de una fusión nueva, de una integración distinta a la que nos trajo Cortés y su tropa de filibusteros. Día en el que no nos llega la soldadesca, ni los curas malignos, ni vendedores de cinco y diez, ni vendedores de espejos y abalorios.

Día en el que se incorporan, para

enriquecer todo, las mentes peninsulares al quehacer científico y cultural y social y político del México cardenista. Eran muchas las profesiones y actividades de los exiliados, abarca absolutamente todo los campos del conocimiento humano, poetas y campesinos, literatos y científicos, maestras y doctoras, todos se juntaban para dispersarse luego por la geografía mexicana y aportar sus luces y su pasión y su empeño al pueblo que les tendía los brazos.

Con la brisa ardiente del puerto que llegaba al rostro del exiliado como primer saludo caluroso, esos seres desde cubierta miraban su futuro. Atrás quedaban las tierras españolas. Lejos de aquí las provincias de abolengo. A muchos, muchos kilómetros marinos, el allá, en donde florecían otras auroras, en donde permanecían los hermanos, los tíos, las abuelas y que se quejaban de frío y que sufrían del miedo a la bomba fascista, y que en sus mesas no habían sino mendrugos y algo de agua, allá en los lares donde reposa para siempre Don Quijote, y duerme eternamente Quevedo, allá donde yacen displicentes Velázquez y sus Meninas, allá donde juega Goya con sus líneas de fuego, allá, digo, estaba el otro aire que habían respirado los desterrados, los exiliados; allá quedaba, como un suspiro inalcanzable, el vino en la mesa y los sonidos de Sarasate. Aquí, otra tierra, distinta, distinto hablar, distinto sentir, distinto cantar. Aquí, el indígena, el chile y la tortilla, el frijol y el maíz, el pulque y el mezcal, el tequila y el aguardiente, el

mariachi con sonidos de oro y plata y reminiscencias de revolución. El corrido del ahorcado, el corrido del hijo que no obedece, el corrido por la muerte de Zapata. Allá, el quejío moro, la jota y la caña, allá la gaita y el pandero. ¿Cómo asimilar esta cascada de dádivas? ¿Cómo reaccionar ante lo inédito? ¿Cómo ver el Popo y el Ixtla, si allá, más allá del mar la llanura está quemada por el sol? ¿Cómo encontrarse uno a sí mismo en estas latitudes?

“¿Hasta qué punto podría explicarse esa evolución por efectos del destierro más que por un proceso cronológico normal de madurez? Claro que eso no es demostrable; pero, por una parte, la frecuencia del destierro mismo... habla a favor de su influencia como ingrediente ahondador en el espíritu... Y no creo que haya sido estimulante de dicho ahondamiento el destierro en su primera significación (el destierro de España), sino en la segunda o indirecta, que es la significación verdaderamente grave y universal para el hombre: La de sentir en propia carne, a lo vivo, y merced a una contingencia histórica particular, que el hombre, todo hombre, tiene en su misma sustancia original el estigma del destierro. ¿Destierro de dónde? Del Ser, del tiempo, de los otros hombres, de sí mismo incluso... Y a quienes, como es natural, más claramente se les ha revelado esa peculiaridad amarga del ser humano ha sido a los que han padecido y padecen destierro físico de su patria; eso ha sido siempre, en cualquier época; lo mismo a los españoles de 1939 que a Antonio Pérez, en el siglo XVI, que escribió en sus Relaciones esta frase:

“Sólo los que mueren en el vientre de su madre mueren en su Patria.” (Luis Rius)

NO VIVO EN TI

Juan Rejano

No vivo en ti, no vivo en mí, no vivo
sino ardiendo entre llama y luz de ausencia,
presente sobre el tiempo y la impotencia
de esta raíz que tiene el ser cautivo.
¿Quién doblará este agudo acero altivo
-morir en ansia tuya de existencia-
si escrita está en tu entraña la sentencia
que una vanguardia hará del fugitivo?
Por el aire, la luz, la nube, el sueño,
por el lamento de los ríos, dueño
de su vuelo mi cuerpo en ti despierta.
Mírame aquí, lejana España mía,
Devanando en tu imagen mi agonía,
madura la pasión, la sangre alerta.

Sí, el maestro Adolfo Sánchez Vázquez –recorro presuroso a él para que me preste auxilio- decía (Apareció esta reflexión en la revista “Torerísimo” novena edición de 1999): “Larga es la tradición del exilio en los pueblos de lengua española. Tan larga como sus luchas por un porvenir que todavía no se hace presente. Larga también su huella en sus mejores escritores, conciencia alerta de esos pueblos. En ellos se reconocerán los exiliados de hoy que tejen y destejen en México o en París, en Caracas o Estocolmo, en Madrid o La Habana, sus sueños y sus esperanzas.

Quien dice exilio nombra con ello las manos amigas y generosas tendidas al exiliado, y maldice también las ásperas manos (venturosamente pocas) que lo rechazan.

Pero no siempre se alcanza a ver lo que el exilio representa en la vida de un hombre. Se habla de exilios “dorados”; no serán ciertamente los de los hombres oscuros y sencillos que se vieron forzados a dejar su tierra por haber sido fieles a su pueblo. A ningún exiliado puede compensar –y es verdad que también hay compensaciones- lo que ha perdido al abandonar su suelo. Hablo del exilio verdadero, de aquél que un hombre no buscó pero se vio obligado a seguir (en rigor, no hay autoexilio) para no verse emparedado entre la prisión y la muerte.”

Sí. Condición del desterrado, o del exiliado, para el caso es lo mismo, dura y amarga, vive alejado de los suyos, está fuera de su entorno primigenio, vive apartado de su tierra. Tiene una herida que no cicatriza jamás.

TRAMOSOS

León Felipe

Que venga el poeta.

Y me trajisteis aquí para contar las estrellas,
para bañarme en el río y para hacer dibujos en la arena.
Éste era el contrato.

Y ahora me habéis puesto a construir cepos y candados,
a cargar un fusil y a escribir en la oficina de un juzgado.
Me trajisteis aquí para cantar en unas bodas,
y me habéis puesto a llorar junto a una fosa.
¡Tramosos!

Como dice la canción “Ni soy de aquí, ni soy de allá”, o como lo expresa muy Donoso, José: “Uno está acá, pero tampoco está...” (“Tendría que estar aquí”)

Pero los que a México llegaron, los que aquí estuvieron, dieron mucho, aportaron mucho, trabajaron –algunos, después de tantas décadas, por fortuna, lo siguen haciendo-Cuánto nos dieron, cuánto nos legaron los pintores, poetas, novelistas, científicos...

Bienvenido SINAIA.

Aire musical

tinta de la pluma de Eduardo Rodríguez Solís
Houston, Texas

Hay que caminar sobre las baldosas o las piedras planas. Hay que hacerlo suavemente. No hay que molestar a los insectos y a los pájaros. Hay que ser gente decente. Y cuando cante el pájaro rojo o el azul, no hay que interrumpir. Todo a su tiempo. Y al caminar hay que voltear a todos lados. Hay que deslizar la vista por los horizontes. Y si encontramos a una ardilla perdida, hay que recogerla y llevarla a lugar seguro... No hay que arrancar flores para hacer regalos a la amada. Mejor tomar una hoja de papel con algo en el anverso. Y en el reverso hay que escribir una especie de poema, o hay que dibujar ahí una flor. Eso será buen presente... Y que la caminata sea placentera, y que se haga del gusto de todos, al tararear un aire musical viejo.

Refranes del Quijote

Una golondrina sola no hace verano.

***Quien a buen árbol se arrima, buena
sombra lo cobija***

La codicia rompe el saco.

Allí donde fueres, haz lo que vieres

Cada oveja con su pareja

De noche todos los gatos son pardos

Aunque la mona se vista de seda,

mona se queda

Si la lectora insumisa, o el lector acucioso quiere explicar el porqué de estos refranes -que, desde luego, sí encierran alguna lección-, pues, adelante.

Seis personajes en busca de autor y el metateatro pirandelliano

tinta de la pluma de Betty Zanolli Fabila

Ciudad de México

Seis personajes en busca de autor (1921) es una obra maestra, emblemática y trascendental, no sólo de su creador, Luigi Pirandello, sino para la dramaturgia universal de la última centuria. Su gran aporte radica justamente en la contribución que ofrece a la visión dramática teatral en el tema de los niveles dramáticos, esto es: el metateatro, concepto acuñado hacia 1963 por Lionel Abel (1963), del que Pirandello fue notable introductor.

Su propuesta: lograr desarrollar un “teatro dentro del teatro”. Su objeto: producir en el público una extraordinaria experiencia metadramática. Lo cual de por sí fue sorprendente, sobre todo proviniendo de un autor que fue ante todo un enorme conocedor del humorismo. ¡Qué digo conocedor, un teórico, un filósofo del humorismo! No obstante, para profundizar en su motivación y concepción estructural, nada mejor que acudir al propio Pirandello para que nos hable de sí, dado que Seis personajes no fue producto de un improvisado recurso, sino el resultado de una profunda reflexión de vida a cargo de su creador por décadas, que sólo mucho tiempo después pudo consolidar. Así lo constatamos cuando ya desde 1908, bullían en el ánimo pirandelliano estas inquietudes, tal y como se advierten en el ensayo que dedicó al humor y del cual transcribo el siguiente fragmento:

Vivimos en nosotros mismos, no solo tal

como somos en la hora presente, sino también como lo fuimos en tiempos pasados. Vivimos todavía y sentimos con afectos y razonamos con pensamientos que tras un largo olvido están oscurecidos, apagados, cancelados en nuestra conciencia actual, pero que un choque o una agitación repentina del espíritu pueden reavivar, mostrando en nosotros latente otro ser insospechado. Los límites de nuestra memoria personal y consciente no son



Foto CB

rígidos. Más allá de esos límites hay otras memorias y percepciones y razonamientos. Lo que conocemos de nosotros mismos no es más que una parte, pequeñísima acaso, de lo que somos. Y muchas, muchísimas son las cosas que en momentos excepcionales sorprendemos en nosotros mismos – percepciones, razonamientos, estados de conciencia -, que están indudablemente fuera de los límites relativos de nuestra existencia normal y consciente.

**¡Somos... nosotros!...
¡Venimos en busca
de un autor!
Luigi Pirandello**

Ciertos ideales que creíamos ya fenecidos en nosotros y sin virtualidad alguna sobre nuestros pensamientos, sobre nuestros afectos y nuestros actos, quizá persisten todavía, si no en la forma intelectual pura, por lo menos en su correspondiente substrato, constituido por tendencias afectivas y prácticas (Pirandello, 1908).

Por cuanto a las obras posteriores, es indispensable aludir a su última novela: Uno, ninguno y cien mil, obra de la que el propio Pirandello dijo: “será como mi testamento literario, después de su publicación debería callar para siempre” (1927). Obra en la que se dan cita las apariencias en la vida a las que consideramos realidad y en la que el autor aborda el tema de la soledad del hombre. La vida, concebía Pirandello, es una obra de teatro en la que todos portamos máscaras y hay quien al final, despojado de todas, ni siquiera sabe cuál es su verdadera esencia. La cuestión es que si la vida es una obra de teatro, ésta también tendría que ser visualizada desde la perspectiva de una metaexistencia, en el sentido de que la vida “real”, está más allá de la realidad de la vida misma.

Tal vez por dicha razón la obra de teatro Seis personajes incluye un subtítulo: Commedia da fare, porque, independientemente de que no es fácil establecer su equivalente en español, hay un elemento clave en la perspectiva italiana: no hay comedia sin máscaras y, aunque los personajes de la obra pirandelliana

no las usen, una máscara “invisible” está en ellos presente, como trasfondo tácito, anticipando su visión sobre la esencia humana: marco esencial para el desarrollo del hoy denominado metateatro que nos brinda en su obra hexapersonájica.

Aprenderás por las malas que en el largo camino de la vida te encontrarás con muchas máscaras y pocas caras (Pirandello, 1927).

¿Cómo comprender, a partir de ello, el uso y explotación de los niveles dramáticos en esta obra? Desde el mismo arranque de la obra, con telón arriba, hay un choque. El público, prácticamente, deja de ser tal, porque pasa a formar parte de la diégesis teatral y, aunque no tenga parlamento, se encuentra involucrado en la obra. Integración que refuerza el recurso escénico de que los seis personajes aparezcan de entre el público, lo que los hace ser parte de él y, de alguna forma, la proyección de dicho público en la escena. Ahora bien, desde el momento en que solicitan al Director de la compañía ser los actores de una nueva comedia, de “un drama muy doloroso”, abren la puerta al teatro dentro del teatro, al poner en ella (la escena) el teatro de la vida (su vida), bajo la guía del Director y dentro de la obra de teatro que se estaba presentando ante el público. En pocas palabras, una especie de concepción- espejo de perspectivas infinitas, como bien lo indica el personaje del Padre:

La vida está llena de infinitas cosas absurdas, descaradamente absurdas, que ni siquiera tienen necesidad de parecer verosímiles porque son verdad... ¡Dígame usted! ¡Hacer que parezca verdad lo que no lo es! Y además sin ninguna necesidad, por puro juego. ¿No consiste su trabajo en dar vida sobre un escenario a personajes fingidos?... se nace a la vida bajo formas muy diversas... ¡también se puede nacer personaje! (Pirandello, 2001, 110-111).

Declaración a la que el Director responde, como muestra de la importancia y relación con la vida que para Pirandello tienen los

personajes: “Si hoy por hoy los nuevos comediógrafos nos obligan a representar comedias insulsas y a fantoches en vez de hombres, sepa que para nosotros es un honor haber dado vida aquí, sobre estas tablas, a obras inmortales... ¿Y usted, y los que le acompañan, han nacido personajes?” (110-111). “Exactamente, señor. Y vivos, como ve”, concluye el Padre (111). Con esto, queda refrendado que, para la óptica pirandelliana, a diferencia del ser humano, un personaje puede llegar a ser inmortal y, con ello, metateatral y metaexistencial.

Algo que, para los personajes en cuestión, es una tragedia, porque si bien fueron creados su autor no terminó de incorporarlos en una obra. Los dejó en una especie de limbo, en un espacio invisible, fuera de la vida “real” y fuera del mundo del arte.

Prácticamente en un purgatorio, porque de haber nacido en el arte, no estarían buscando “vivir”, y menos habrían muerto ni morirían “jamás”. En estos términos lo explica nuevamente el Padre: “Morirá el hombre, el escritor, el instrumento de la creación; pero no ha de morir su criatura. Y ni siquiera es necesario que posea dotes extraordinarias, o que realice prodigios, para vivir eternamente (112). Por ello, al existir el drama en los personajes “límbicos”, solo les resta un objetivo: vivir, “al menos un momento” (113) en la obra a cargo del Director. ¿Y el público? Al ser éste parte de la diégesis teatral, comprendido él también.

A partir de ese momento, el Director queda involucrado -sin racionalizarlo, propiamente- en el drama de los “personajes” que, poco a poco, se adueñan del escenario contando primero en esbozos y luego de manera hilada su tragedia ante el Director y los actores a los que desplazan de su función dramática y convierten en testigos de su actuación. “Personajes” que, a partir de ese momento, van “cobrando vida” al exponer “su drama dentro del drama”. Su obra de teatro dentro de la obra de teatro: fusionándolos. De ahí que al declarar el

Director: “¡Pero ustedes lo único que están haciendo es contarme una historia” y el Hijo responder: “En el fondo todo esto es un cuento, están haciendo literatura”, el Padre impregue: “¡Qué dices tú! ¡Esto es vida verdadera, señor mío, pasión!”(123) y, “convencido” entonces, el Director exclama: “¡Vayamos a los hechos, señores, a los hechos!...” (125). La obra “formalmente” ha comenzado.

Sí, de ser objetos, los “personajes” se convierten en actores que representan un drama, “su drama”. El tiempo y el espacio son los de los “personajes” y, en “escena”, ante el público expectante, se representa una obra dentro de la obra. Un teatro dentro del teatro.

Sin embargo, al final de la “obra incluyente”, la “obra contenido” termina aparentemente en el momento en que se configura la muerte de los Hijos. Entonces, el Director nos trae a la “realidad”. “¿Está herido? ¿De verdad? ¿De verdad?” (168). Los actores nos heredan una profunda duda. Unos lo creen, otros declaran que todo ha sido “una ficción”. El Padre se ve impelido en gritar: “¡No! ¡Es verdad! Su muerte... es real!” (169). El Director concluye y, antes de irse, expresa: ¡Fantasía... realidad! ¡En mala hora...! ¡Luces! ¡Luces! ¡Que me pase a mí esto! ¡Un día perdido! ¡Váyanse, váyanse! Es ya muy tarde para continuar el ensayo, ¡qué le vamos a hacer! Hasta la noche. ¡Electricista! ¡Apáguelo todo! ¡Eh! ¡Encienda siquiera una bombilla, que no veo ni dónde pongo los pies! (169).

En el centro del escenario quedan, como espectros, las figuras del Padre, la Madre y el Hijo. La Hijastra ha salido de la escena. “Telón” (170).

Estas últimas líneas condensan el éxito del objetivo pirandelliano. Los “personajes” lograron su objetivo y se adueñaron del escenario. Doblegaron al Director e hicieron suyo al público, al que integraron a los actores a los que desplazaron. Gracias a ello, lograron “vivir” y, aunque hayan “muerto” en el escenario, “adquirieron vida”. Tanta vida, que hoy

estamos aquí, hablando de los “personajes en busca de autor”, y aunque al final de la obra la duda sobre la sobrevivencia de todos los “personajes” subsista en el Director, el público fue testigo de un prodigio dramático, el de una obra de teatro dentro de la obra de teatro. En suma, el metateatro pirandelliano convertido en realidad.

Referencias bibliográficas:

- Abel, Lionel, *Metatheatre: A New View of Dramatic Form*, Literary Licensing, LLC, 2012.
- Pirandello, Luigi, *El humorismo*. Versión castellana de Enzo Aloisi, El Libro, Buenos Aires, 1946.
- Pirandello, Luigi, *Seis personajes en busca de autor*. [Traducción de Marina Massa-Carrara, J. A., Mestas, 2001.
- Pirandello, Luigi, *Uno, ninguno y cien mil*. Traducción de José Ramón Moreal Salvador, Leddy, 1927.

Homero Aridijis, 80 Años. “El poeta niño.”

tinta de la pluma de José Miguel Naranjo Ramírez

Xalapa, Veracruz

Hace varios años adquirí el libro titulado: “Poesía en movimiento” y fue la primera vez que me encontré con el nombre de Homero Aridjis, esta clásica obra mexicana es prologada por Octavio Paz y las selecciones y notas fueron realizadas por Alí Chumacero, José Emilio Pacheco, y Homero Aridjis. A partir de este encuentro poco a poco he ido acercándome a la obra del gran poeta y novelista, en el presente año Homero Aridjis se encuentra cumpliendo ochenta años de edad y lo festejaremos a través de su obra: “El poeta niño”, publicada en 1971 por el Fondo de Cultura Económica. El libro es un relato que narrará principalmente la vida de un niño, sus recuerdos, anécdotas, historias, realmente es un relato maravilloso que nos hace pensar en nuestras propias experiencias, Homero Aridjis en el pequeño apartado subtítulo: “Regreso a Contepec”, expresa lo siguiente: “Hay a veces, en el destino de alguien, la concentración de años en días, y de años en horas, por la intensidad con que los acontecimientos transforman su vida.

Acontecimientos casi capaces de borrar un pasado, y si no de borrarlo, al menos de cerrarlo para uno mismo, poniendo un muro que separa los días de la infancia de los días de la adolescencia, como si hubieran sido vividos esos días, no por un ser que cambia sobre sus edades, sino por dos seres diferentes. Establecer el puente entre los dos, pasar del adolescente al niño soliviantado, saber que los dos son el mismo, hallar el único que fue y que es, ha sido en parte el propósito de este relato.”

Resulta imposible no identificarnos con las historias narradas, en estas memorias autobiográficas el autor cuenta lo que recuerda de su niñez, el miedo que tenía a la oscuridad, la bonita relación que tuvo con sus padres, las costumbres y tradiciones de su pueblo, sus temores y angustias, pero también las ilusiones, sueños y esperanzas

que tenemos cuando somos niños, algunas narraciones podrían hoy parecernos simples, pero, ¿quién de nosotros no las vivió? Un ejemplo es que en una ocasión el niño acompañaría a su padre a la ciudad de México, el niño por varios días estuvo emocionado con el viaje, hacía planes, imaginaba fantasías, casi no podía dormir por la inquietud del viaje, no obstante, para tristeza del niño éste enfermó de gripe y llorando vio como su papá se iba sin él a México, y aunque para nosotros pueda parecer un sentimiento infantil, para el niño era una verdadera tragedia.

Algunas vivencias son sencillas y rutinarias, pero existen otras que marcaron el destino del niño, y si creemos freudianamente que “infancia es destino”, entonces bien valdría la pena realizáramos algunas reflexiones partiendo de la tesis de crear un puente de unidad en la historia de nuestra existencia.

Conforme vamos creciendo y particularmente a partir de la adolescencia nos empezamos a olvidar de nuestra niñez, recordamos lo que queremos recordar o en muchas ocasiones consciente o inconscientemente tenemos bloqueada esa etapa de nuestras vidas, y más en un mundo tan materialista y utilitarista donde lo importante es trabajar, tener dinero, propiedades, vivimos a prisa entregados a las redes sociales, al celular, pero rara vez nos damos un tiempo para pensarnos profunda y tranquilamente a nosotros mismos, esto ha provocado que nuestra vida este dividida en varias vidas y naturalmente esta actitud provoca vacíos, insatisfacciones, incertidumbres, porque nos hemos alejado de la principal esencia que es nuestro ser.

El texto de Homero Aridjis me hizo recordar cuando de niño jugaba en la calle fútbol descalzo con mis amigos Ismael, Chano, “Yin”, Carlos “el muerto”, Adán “Chanflán”, “Los tigres”, “Rosco”, “Quita”. Cuando con una enorme felicidad acompañaba a mi papá en su camioneta Nissan para la compra y venta de diversos productos y mentalmente conocía (conozco) todas las rancherías a las que íbamos; sabía quien pedía fiado, quien pagaba de contado, los nombres, apodos, las paradas donde tomaríamos café, algún desayuno, en la comunidad “El Zapotal” mi papá

a veces se daba tiempo para unas “caguamas” y jugar las cartas con Arturo, los Andrades, continuar con el recorrido y llegar a la comunidad llamada “Boca de San Miguel” donde nos esperaban “Los tacuazines” para vendernos camarón, mojarras. Créanme que era un recorrido diario de gran disfrute rodeado de gente trabajadora, sana, sencilla, respetuosa, que vivían de la pesca, el ganado, en medio de una naturaleza bella, ríos, hermosa fauna, y todas esas vivencias fueron formando mi espíritu, carácter, deseos, anhelos, y aunque mi vida actual es totalmente distinta, sin duda alguna mi infancia me marcó en muchos sentidos y hoy parte de mi esencia se encuentra en ese pasado al lado de mis padres, hermanas, amigos, sueños, ilusiones, alegrías y tristezas, todas esas circunstancias han contribuido a ser la persona que soy.

Al igual que el niño que narra la historia de su vida en el relato, conforme fui creciendo la vida en mi pueblo ya no me bastaba, si quería estudiar, aprender, cursar una profesión, debía salir a las ciudades, siendo un adolescente de diecisiete años de edad emprendí el vuelo y en el transcurso de todos estos años mi vida se ensanchó, el mundo universitario me dio la oportunidad de acercarme a la cultura, conocer amigos especiales que me aproximaron desde joven a los libros, inmiscuirme en un universo literario que modestamente ha enriquecido mi vida, la literatura me ha hecho viajar por el mundo, por otros tiempos, conocer culturas y tradiciones fantásticas, historias magistrales, hacerle el amor a la bella e incomparable Helena, acompañar a Odiseo en su largo viaje de retorno a Ítaca, sin embargo, sabemos que Odiseo regresó a Ítaca, recuperó a su amada Penélope y su reino, en mi caso mi viaje a Ítaca no ha terminado, espero seguir navegando y conociendo este bello universo, vivirlo, sentirlo, y, tal vez, en algún momento si el destino así lo permite regresaré a mi Ítaca, para morir tranquilo y en paz, y la paz vendrá porque tuve el valor de emprender el viaje...

Correo electrónico:

miguel_naranjo@hotmail.com

[Twitter@MiguelNaranjo80](https://twitter.com/MiguelNaranjo80)

Facebook: Jose Miguel Naranjo

Ramirez.

El libro de la semana

José Miguel Naranjo Ramírez



La muerte en la poesía mexicana

tinta de la pluma de **Horacio Valencia**

Hermosillo, Sonora



La muerte fue, es y será sentido para el hombre. Fragmento del ciclo vital; se nace, se crece, se reproduce y se muere: reza la tradición. No hay vida sin muerte, y sin muerte no existe la eternidad. Todas las civilizaciones la han representado. Lo vemos en las religiones, la mitología, la arquitectura, en la danza. En nuestro país, los antiguos pobladores la erigieron como elemento básico para sus vidas. La celebración a los deudos estaba íntimamente ligada al calendario agrícola prehispánico; la recolección de las cosechas se compartía con los seres desencarnados. En el mundo Náhuatl se les rendía culto. Creían que el único destino del hombre era morir. No una ruptura, sino la unidad para transitar a otros planos de la existencia.

La poesía representa, canta y crea. Es comunicación inacabada; la otra voz de las cosas y del mundo. Es en

Foto CB

¿QUÉ ES MORIR?

*Morir es
Alzar el vuelo
Sin alas
Sin ojos
Y sin cuerpo.*

Elías Nandino.

la poesía donde caben todas las problemáticas humanas: la vida y la muerte. Los poetas del mundo azteca representaron con palabras: el otro plano. Tlaltecatzí expresa su preocupación por dejar la vida y los placeres de este mundo: Yo sólo me aflijo,/ digo:/ que no vaya yo/ al lugar de los desencarnados./ Mi vida es cosa preciosa./ Yo sólo soy,/ yo soy un cantor,/ de oro son las flores que tengo. En igual sentido Nezahualcóyotl se preocupa por la fugacidad humana:

Así somos,/ somos mortales,/ de cuatro en cuatro nosotros los hombres,/ todos habremos de irnos,/ todos habremos de morir en tierra... El poeta construyó un sistema de pensamiento, su particular sistema poético donde las reflexiones sobre el tiempo y el espacio se hacen recurrentes. ¿Cómo vencer la premura de la vida? El poeta dice: Estoy embriagado, lloro, me aflijo,/ pienso, digo/ en mi interior lo encuentro:/ si yo nunca muriera, si nunca desapareciera./ Allá donde ella es conquistada,/ que allá vaya yo./ Si yo nunca muriera,/ si yo nunca desapareciera. Como todos los poetas o filósofos de la historia, Nezahualcóyotl no logra desentrañar este meollo, solo canta, representa: Allá en donde de algún modo se existe. Otro de los antiguos escribas, Axayácatl, la personifica y le da un carácter más terrestre: Ha bajado aquí a la tierra la muerte florida,/ se acerca ya aquí, en la Región del color rojo la inventaron/ quienes antes estuvieron con nosotros. La muerte no es un mero tema en la literatura, es una manifestación verbalizada de un ritual antiguo: el canto a lo desconocido. El poeta Ramón López Velarde la asume como un proceso de retorno a su raíz, a su pueblo.

Para Velarde es el gran encuentro con el Divinísimo: Cuando me sobrevenga/ el cansancio del fin,/ me iré, como la grulla/ del refrán, a mi pueblo,/ a arrodillarme entre/ las rosas de la Plaza,/ los aros de los niños/ y los flecos de seda de los tápalos. El logro poético de Velarde consistió en escapar de las modas de su tiempo, se entregó a las emociones humanas: la soledad, el amor y la muerte.

Por su parte, Xavier Villaurutia elabora sus mejores poemas bajo el título Nocturnos, los cuales contienen gotas de oscuridad y de angustia: o cuando todo ha muerto/ tan dura y lentamente que da miedo/ alzar la voz y preguntar "quién vive"/ dudo si responder/ a la muda pregunta con un grito/ por temor de saber que ya no existo. En Nocturno Muerto el poeta cristaliza la agonía desplegando sensaciones en un proceso vertiginoso del deceso humano: Primero un aire tibio y lento que me ciña/ como la venda al brazo enfermo de un enfermo/ y que me invada luego

como el silencio frío/ al cuerpo desvalido y muerto de algún muerto. Al final del poema el cuerpo, aislado del mundo, ha de retornar al ciclo mineral, la soledad definitiva: La tierra hecha impalpable silencioso silencio,/ la soledad opaca y la sombra ceniza/ caerán sobre mis ojos y afrentarán mi frente.

Poema que se nutre con todos los temas del hombre es Muerte sin fin de José Gorostiza. Para Salvador Elizondo “fue el gran poeta de la muerte mexicana...”. Para Alí Chumacero “...el poeta testimonia el resplandor de un mundo alimentado con su propia combustión, reflejado en una conciencia que se despeña hacia la ceniza.” Este poema plantea una cosmovisión de la existencia del hombre y de las cosas frente a “un Dios inasible que me ahoga”.

El texto permite diversos caminos de interpretación; su complejidad nos otorga varias etapas circulares del ser frente a la muerte y la vida. Resultaría parcial cualquier comentario que pueda emitir en este breve espacio, su lectura es fundamental para comprender la concepción poética del mexicano.

En Jaime Sabines encontramos uno de los mejores poemas necrológicos en el siglo XX: Algo sobre la muerte del Mayor Sabines. Dividido en dos partes, el poema es la angustia, el llanto, el padecimiento del hijo frente a la agonía y el deceso del padre. El poeta se duele, se retuerce: ...viene la muerte, Dios, el aguacero/ golpeando las persianas,/ la noche, el viento. Al morir el padre, el poeta muere un poco, se sabe abandonado y huérfano, se sabe vulnerable: Amputado de ti, a medias hecho/ hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,/ desmantelada el alma, abierto el pecho.../. Este poema es uno de los mejores testimonios emocionales y mortales; una muerte humana y dolorosa, natural y necesaria. Sabines es el último gran poeta del siglo pasado que cantó a la muerte, pero dejó el camino abierto para que hombres y mujeres del siglo XXI interpreten, a través de la palabra, la desaparición del ser. Los anteriores ejemplos reiteran la preocupación de los poetas mexicanos por cantar y descubrir, aunque sea por un instante, ese último misterio humano. La muerte es la lámpara oscura de la vida.

Horacio Valencia

Hermosillo, Sonora (1979)

Lic. en Literaturas Hispánicas.

Maestro en Creación Literaria por la

Escuela de

Letras de Madrid. Director de ALT-

AZOR: alta asesoría literaria.



Foto CB

Una muralla de flores

tinta de la pluma de **Carlos Bracho**
Ciudad de México

Aquella era una típica tarde oscura de invierno. Los vehículos destruían el silencio que a esas horas nos era de vital importancia. Alejandro Aura había terminado, manguera en ristre, de regar los macetones de azaleas que adornaban la entrada de la pomposa galería Aura/Bracho. En el reloj Haste de pulsera de Efraín Huerta estaba marcada la hora: cinco de la tarde. La hora mágica en tardes de toros. La hora del poema de Lorca. La hora que nos dábamos cita en el lugar para tomar un café, componer el mundo, arreglar entuertos y enderezar a las vírgenes sumisas. El de la voz cantante era Efraín, claro, él era el maestro, y nosotros los aprendices de brujo.

El trajín de autos, camiones y taxis que circulaban desenfrenadamente por la avenida Mariano Escobedo, impedía con su ruido ciudadano obtener conclusiones relativas a nuestra condición de militantes del círculo de poetas-demopornócratas-liberales-unidos. Se analizaban aspectos poético/científicos del “Manifiesto Nalgaísta” de la autoría del Gran Cocodrilo andante, contemplábamos sus posibles repercusiones poético/político-sensuales/económicas, y desde luego la esperada y beata pero fúrica reacción panista. Huerta propuso:

-Esta noche, ya muy noche, escúchenme bien, Alejandro, Bracho, sembraremos flores en toda la calle, así que mañana los choferes se verán impedidos de seguir su marcha y no podrá continuar el paso de sus ruidosas máquinas ya que encontrarán esta avenida cubierta de pensamientos, lirios y azucenas...

No había nada extraño en esa proposición anarco/florística de Efraín. Lo había dicho muy en serio, con un rictus de caballero antiguo que sellaba cualquier otra interpretación que se le pudiera dar a la orden emitida y que, por supuesto, congeló la risa pícaro que amenazaba salir de nuestras bocas.

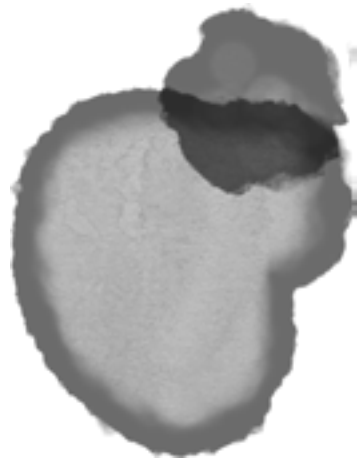
Del libro CUENTOS CÍNICOS
autor Carlos Bracho Editorial
Selector 1997

Censo del alma, Censo de fantasmas

tinta de la pluma de **Bernardo Ruiz**

Ciudad de México

Y —¿ si me contara algo de su infancia?
—¿Como de qué parte? He tenido una infancia muy larga y una más larga adolescencia—, le presumo.
Gabriela, mi terapeuta, mi analista, mi amansalocos, como tantos y tantas de su especie («curadores del alma», diríanse ellos), parece tener un guion compuesto por fichas que le permiten el pan de cada día. Un guion temático. Algo así como: “que hoy hable de los Beatles”; “cuénteme de sus amigos de la prepa”; “¿cómo elegía sus aficiones”; “a qué edad comenzó a tener trato íntimo consigo mismo” y, apenas termino el recuento, dispara de nuevo:
—Un recuerdo placentero, ¿le es difícil?
—Por lo general, he sido muy atormentado. A los quince años me gustó leer a Beckett y admiré a Sartre; A puerta cerrada me sedujo. Luego admiré sin dificultad a Kafka. Los sabores de la angustia tienen muchas playas y bahías para encallar. De Strindberg, de su *Inferno*, por ejemplo, aprendí la extrema ansiedad. Ya sé que no es lo que me está preguntando, pero a veces usted quisiera un camino directo a mi confianza, a memorias soterradas, doctora.
—Mi pregunta no buscaba invadir esa zona, sin antes saber cuáles eran o han sido sus refugios. No he leído a muchos de ellos...; pero confíe en mí, concéntrese: encuentre un momento, una escena que lo reconforte.
Aunque es inteligente y lúcida, le gana la bondad. Se sobrepone.
Adopta su seriedad característica. La que le conocí en un principio.
—Entiendo, doctora, discúlpeme, no estoy acostumbrado a las terapias, ni al análisis. Siempre he sido un desconfiado. Haga de cuenta: un jugador de póker. Así se nos educa. Aunque no tengo nada que ocultar, el entregarle mi historia a una mujer desconocida...; ¿en qué?: en dos, en



tres entrevistas... me parece anormal, el borde del escándalo. No porque lo sea en sí; al contrario —cantinfleo—, no tiene nada de vergonzosa su pregunta. Sé (me digo) que éste es el espacio para ello; y que... es necesario... Pero haga de cuenta que siento que le estoy dando todas mis tarjetas de crédito, de débito y las claves bancarias junto con las escrituras de mi casa. Creo que la situación era evidente. Sin embargo, yo la había elegido. Ahora me sentía arrinconado, con una obligación adicional a las que me ocupaban hacía un par de meses. Todo por impulsivo. O por bruto. Por un momento me sentí un pendejo. Todo comenzó, vale señalar, como parte de los sucesos del 2020, un tanto precipitados, un tanto desconcertantes. Un virus que comenzó a tener éxito en 2019, en una ciudad del ‘lejano oriente’ —como señalarían los viejos clásicos—, se convirtió en el azote de la humanidad. Se leía el 16 de marzo de 2020 en las noticias europeas de salud: “El nuevo coronavirus Covid-19 tuvo su origen en la ciudad de Wuhan, en China. A mediados del mes de diciembre de 2019, las autoridades sanitarias de Wuhan detectaron una serie de casos de neumonía producida por una causa desconocida”. El resto de la historia al respecto es bien sabida. En consecuencia, en el país, las autoridades comenzaron a cuidar los bienes percederos del servicio público y de la educación superior, en mi caso (como nos hicieron sentir abruptamente). Fuimos recludos. Al tiempo, las mismas autoridades se apropiaban de los recursos económicos, lo cual es otra historia. Fue así que por edad y condición de salud, quedé

aislado, encerrado en casa, mas buscando con desesperación, a contracorriente, el tratamiento imprescindible para un cáncer en el cuello que urgía erradicar, afirmó mi médico. Detectado durante las mismas fechas del advenimiento del virus, descubrí que se daba preferencia a la reciente invasión que a la particularidad endémica. En esos jaloneos transcurrieron más de tres meses y medio. Más tarde, al fin de agosto, aún en recuperación, el recuento de las pérdidas afectivas que se iban sumando semana con semana —a veces—, como gota tras gota de una llave de agua mal cerrada, me afectó. Me daba cuenta, ya que a lo largo de marzo, abril, mayo, junio y julio no había tenido ninguna depresión, sino el deseo de continuar e ir más lejos, pese a la certeza de que mi copa se había llenado. Y que era hora de decir adiós. Pero en el curso de mi recuperación; y después, conforme los días y las semanas se sucedieron, y los nombres me llegaban a través de las noticias, o por el teléfono, o por mis correos o redes, fui cayendo en la cuenta de que cada fallecimiento de mis amigos me arrastraba al fondo de la nada. En suma, comencé a vivir el síndrome del superviviente. Un ansia y una culpa que desgasta; y que, poco a poco, conduce a los subterráneos de la depresión (como una mala noche de tragos que se alarga y crece en vértigo; para convertirse en una sucesiva ebriedad durante continuadas horas; a lo largo de culposos, sedientos y repetidos días; y a la vuelta de incontables horas; cuando se halla sólo con el ansia fatigada que se consuela en su espejo: el beber sin límite, durante noches sin freno y, más: los

siguientes días y noches, también, junto con más días; un frenesí temeroso —semejante al delirio del alcohólico— que comprende mañanas, tardes y noches sin fin).

Uno es incapaz de olvidar. Uno es culpable de estar vivo, sin importar que eso sea producto de mil circunstancias coincidentes, provocadas y aleatorias, que —de pronto— tienen un alto precio a cambio: la propia vida.

Esta percepción se manifestó como el golpe de una cortina de agua en la tormenta: a media mañana del 29 de septiembre fui avisado de la muerte de mi amigo más fiable en torno a estos asuntos: Jaime Augusto Shelley. Así, perdí a mi mejor consejero. Quedaron entre las brumas de la memoria los previos decesos y duelos: el de Andrés Valencia, abrupto, lamentado; y el de Ángela —viuda de Sergio Galindo— íntimos; el de Jesús Vicente Anaya; la aún evocada pérdida de Arturo Trejo, y todavía varios compañeros y amigos de travesía más, a lo largo de una cadena que había comenzado aquel año con Alfonso Chumacero. Cuestiones todas que había comentado en videocharlas con Carolina y Adriana, mis amigas más entrañables del trabajo. Respectivamente, cada una me comentó que podía recomendarme a su terapeuta. Incluso, fue obvio, algo informaron a sus respectivas saicos. ‘Es que con ella no tendrías dificultades’, dijeron respectivamente. Cada quien habla de la feria. Y decidí que si aceptaba, tomaría el camino de Gabriela.

En algún corte de la música en Opus 94.1 FM, una voz advirtió, como de pasadita, que todos dábamos por buenas las revisiones con el dentista, con la nutrióloga, con la oculista, etcétera, y comentaba cómo descuidábamos un detalle: la salud mental.

Tan peculiar me pareció aquel comentario en medio de tanta banalidad, que no lo olvidé. Fue así como empezó mi viaje de redención emocional con Gabriela. Una travesía soterrada, en sentido contrario al de la ampolla que escondo entre mis medicamentos para el día en que todo deje de tener sentido.

Ahora la tenía frente a mí, sonriendo, bajo su mascarilla transparente de protección contra el virus, como si mi alma y mi mente estuvieran a punto de ser soldadas con la precisión de una experta en autógena de las sensaciones e impresiones humanas y sus inescrutables destinos.

—Le voy a repetir mi propuesta, maestro, ¿podría usted contarme alguno de los momentos más gozosos de su infancia?

Ya no podía resistirme.

«Con gusto, Gabriela: cada martes por la tarde mi madre nos llevaba a casa de una de sus amigas, Carmen Rodríguez, menuda, canosa, delgada e hiperactiva, madre de tres hijos, próxima a cumplir cuarenta (se me ocurre calcular hoy). Podemos estar en 1961 o 1962. La ‘tía’ Carmen, pues, era la decana del catecismo de los martes. Comandaba a un grupo de madres afines a su ideología y temperamento.

Nos iba a enseñar a discutir respecto a temas bíblicos y cuestiones de teología o cosas en torno a la fe.

«Quizás eso era el temario. Recuerdo el amplio jardín, recuerdo la capilla, parte de la casa, contigua a ella, en la calle de Tabasco, próxima a la esquina de Medellín en la colonia Roma. Recuerdo también el camino a casa, sobre avenida Chapultepec, del lado sur, a un costado del hospital Sámano. De hecho aquellas reuniones tenían su lado placentero, en la medida que estaban lejos del hemisferio paterno donde una entidad

intolerante y vengativa gobernaba.

«Acá, con las mujeres, no. Ellas instauraban sus criterios e iluminaciones desde una mirada perfectamente cordial, y amable. Su dios estaba para acompañar y proteger, para reunir y mostrarse fraternal. En diversos lugares de la casa de la tía Carmen cada grupo se organizaba para tener su clase.

«Entre las mamás del grupo me daba una gran curiosidad Bertita

Harding, 2 nom de plume de una renombrada escritora europea —de corte y todo—: Bertita Carla Camille Leonarz. Mujer mayor, siempre de guantes, que protegía a una niña huérfana, Katia, a quien había adoptado con gran amor. “Mike” o “Miki”, como le decían, tuvo siempre una amistad cordial con mi madre. Ella y Pedro Arrupe son los primeros escritores que conocí, el tercero (hasta 1968) fue Vicente Leñero.

«Todo fue miel sobre hojuelas cada semana del primer año, donde las niñas más hermosas de la reuniones fueron las tres hermanas Salido, que rebosaban gracias. Las mamás eran felices adocrinándonos y echando chisme; los hijos conspirábamos a gusto respecto a nuestras diversas escuelas. El Franco Inglés, el Alemán, el Patria; y en suma los encuentros eran agradables; para finalizar con la pastorela de diciembre que fue verdaderamente una función de enanos. Un perfecto desmadre, si le he de dar una nota literaria al asunto.

«Pero cierro la digresión; si no, el tiempo dejará sin responder su pregunta, Gabriela: el segundo año de aquella experiencia, es el memorable, cuando además de las niñas Salido, otras tres hermanas llegaron a la casa de Tabasco: las hermanitas Riveroll. Cristina me impresionó, era una niña delgada, muy delgada, y en extremo pecosa, con un largo cabello lacio que le caía en una cola de caballo magnífica. «Cristina quedó



en mi grupo, y todo fue bien durante algunas sesiones en que las pecas de Riveroll me parecían la adecuada fuente de inspiración para jugar timbiriche. Y, verdaderamente, no supe por qué, ni cómo aquella tarde de martes, en que me tocaba estar junto al pizarrón, recargado en la puerta del clóset, con la modorra propia de esas clases insípidas en que la tía Carmela peroraba en uno de esos arrebatos, en los que —fácil, lo juro— ella se sentía Teresa de Ávila; la sombra de Baudelaire o de Huysmans, o de ambos, quienes aún no me habían sido presentados, rozaron mi hombro.

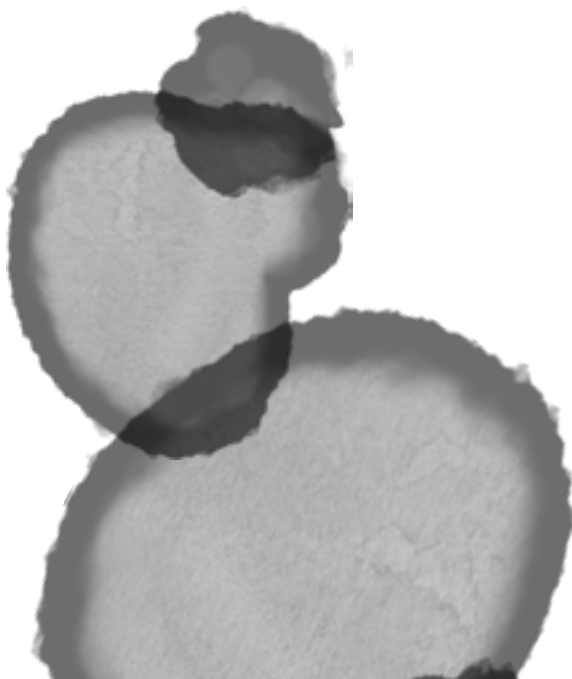
«No había gis en el pizarrón, y hacía falta; el misterio de la Trinidad —seguramente— requería de mucho gis para ser develado. Junto a la puerta del clóset, Cristina de un lado y yo del otro estábamos al borde del abismo de la inconsciencia. Recuerdo.

«Recuerdo también que la tía Carmen le pidió a Cristina que abriera la puerta. Y le pasara la caja con los gises de colores. Yo estorbaba para la operación. De modo que me puse en pie y cortésmente detuve con la izquierda la puerta. Y como si hubiésemos practicado mil veces la escena, me deslicé, como buen basquetbolista; empujé con suavidad a la niña, quien se sostuvo de las tablas del fondo para no caer, y cerré la puerta con un violento giro final de la llave.

«Qué grito, que llanto de auxilio más desgarrador, qué golpes más frenéticos contra la puerta. Qué impotencia. Gran desconcierto. Y, ¡vaya!, la desesperación es congénita, no requiere de aprendizaje. Por mi parte lloraba de risa, en el piso. Carmen alcanzó la llave (quiero creer que la había dejado yo en la cerradura) y Cristina salió corriendo desconsolada, en busca de su madre. Yo no podía parar de reír».

Levanto la mirada, la observo avergonzado.

«Gabriela, ¿eso es lo que quería usted de mí?».



Tamborilero

tinta de la pluma de Citlali Ferrer

Ciudad de México

Primero la velocidad de sus manos sobre las tumbadoras, después el ritmazo con la tarola, el cencerro, hipnótico vaivén, elipsis musical, mis pies no pueden quedarse quietos. Se mece suavemente, me atrapa con su golpeteo desenfrenado y me enamoro sin remedio del guaguancó.



Novela: *Balam Antsetik*

tinta de la pluma de **Carlos Bracho**
Ciudad de México

Encuentro que los textos de Margarita Aguilar tienen algo muy particular, algo que a mis ojos hace grandes diferencias comparado con otros textos de otras escritoras, y veo que esa manera de expresarse a través de sus obras, el darme cuenta de la manera en que va construyendo los capítulos, en el tratamiento y forma de ir construyendo los diálogos, en el desarrollo de la historia, es lo que se llama tener un estilo, Margarita lo tiene.

Por otro lado, literariamente hablando, ante los valores que arriba describo, y por incontables detalles, yo la podría calificar y decir que ella es una defensora de los derechos de la mujer, pues Margarita siempre hará los señalamientos respecto a las violaciones o menosprecios o actos discriminatorios que tanto la sociedad en general como algunos individuos cometen en contra de ellas. Y esta clase de atropellos no son de ahora, por desgracia, esta cultura del desprecio, el de tratar a las hembras como si fueran un mueble de adorno, o sólo fueran un objeto sexual, este trato hacia la mujer, viene de muchos siglos atrás.

Y el contenido de sus escritos, en los que su voz de alerta y su lucha se hacen presente, de una manera u otra, me

remiten, muchas de las veces, a afirmar que Margarita, va de la mano con la posición similar que guardara la monja Sor Juana Inés de la Cruz, que en su tiempo fue víctima de los machos de la época, curas, obispos, caballeros de la nobleza, etc. Ella, Sor Juana, razón tenía al decir: “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin saber que sois la ocasión de lo mismo que culpáis...”

O como decía Fidel Castro: “Si antes de la Revolución era doblemente oprimida, en la Revolución tiene el deber de ser doblemente revolucionaria”

Este es un duro papel para la mujer, para destacar tiene que trabajar, pensar, actuar, doblemente. Y esto que Diana Bracho dice: “desde pequeña he estado consciente de mi ser femenino. Tuve que inventar mi propio ser mujer. Y me enfrenté a la sociedad donde vivimos formas de discriminación o de asalto sexual”.

Y para qué hablar de las quejas de Mariana Alcoforado. Víctima de los acosos y el engaño y el posterior olvido de su amante: “Considera, amor mío, cuan excesivamente descuidado fuiste. ¡Ay, sin ventura de ti! Traicionáronme fementidas esperanzas y con ellas me engañaste. Una pasión en que cifrabas tantos deleitosos proyectos sólo puede darte ahora una mortal desesperación, apenas comparable a la crueldad de tan lamentable ausencia... ¡Qué hice yo para ser tan desdichada?”

La novela de Margarita, nos cuenta que el dios Hachakyum ha sembrado en los hombres el deseo de esclavizar emocionalmente y corporalmente a las mujeres. Esto, entre otros muchos ejemplos, lo confirma una parturienta, que puede pertenecer a los capítulos del hoy o del ayer, al quejarse amargamente: “No somos nada en este mundo, los hombres nos hacen lo que quieren. No existe ningún dios...”

Insisto en que estas historias, estas reflexiones dichas y sufridas por algunas mujeres, y mi apreciación muy particular sobre ellas, me obligaron a tenerlas por el resultado de la lectura de Balam Antsetik. Novela que, entre otros valores, tiene un interesante doble juego en

el que la autora nos hace viajar por dos épocas distintas. Varios siglos las separan. Y estando, absorto, en una de esas distancias temporales, yo, como lector, ansiaba saber lo que en otra época, otros personajes, --para mí son los mismos, los dioses, los humanos, estamos "cortados por la misma tijera"-- lo que dichos seres, celestiales o no, hacían, vivían, amaban o peleaban. Distintas épocas, distintos lenguajes, distintos dioses, distintos seres humanos, pero mágicamente, según yo lo entiendo, son enteramente los mismos, las mujeres y los hombres somos los mismos desde los inicios de la historia, igual ocurre con los dioses, todos son poderosos, todos castigan o premian según el comportamiento humano, todos, pues, tienen sus carencias y necesidades.

Sí, la novela las presenta, nos las explica, y nos dice cómo se exaltan las pasiones sagradas de otros mundos. Otros mundos y otras pasiones que nacen de este mundo real imaginado por la autora, y plasmados fielmente en esta novela.

Juego de amor y muerte, juego que se repite, juego que juegan los dioses desde sus tronos celestiales y que lo mismo hacen --con el amor y la muerte-- los mortales comunes.

La pasión y el desenfreno lo ejercen los seres vivos. A su manera tan especial, lo practican los dioses, y los humanos, a su vez, se recrean en estos sus juegos lúdicos. Lo hacen sin complejos, lo viven con toda la fuerza de la que son capaces de generar los cuerpos desnudos.

Ixchel, diosa, toma el cuerpo de Ix, mujer humana, y ese proceso convierte a la diosa en mujer terrenal para ser penetrada. Porque ser penetrada así, terrenalmente hablando, es un placer superior a unos rituales u ofrendas que los devotos de ella hacen en los fríos y desolados templos.

Además, nos sigue diciendo el Balam Antsetik de Margarita Ruiz Aguilar, los

dioses, como tales, no pueden hacer o tener lo que los humanos poseen al hacer el amor: las emociones a pleno, la liberación de los instintos, las pasiones y entregas sexuales totales. Por esos hechos tan preciados, por esas facultades amorosas los dioses envidian a los humanos.

Por esa circunstancia, Ixchel, toma el cuerpo de una mujer humana, lo hace para tener la capacidad de entregarse plenamente, para sentir el poder del enamoramiento, el de recibir todo el placer sexual y jugar con los cuerpos y con las poses que un desenfreno pasional puede inventar.

En el Hoy de la novela, Gustavo, al ver a Alejandra, éste la desnuda. Como los dioses lo hacen, Gustavo quisiera transformarse para poder hacer el amor con Alejandra.

Ahora bien, ¿Cómo o qué hacer para acabar con el conjuro y sentencia dictada por Hachakyum? : "...El de que los hombres esclavicen, emocional y corporalmente a las mujeres"

La novela nos dice cómo deshacer ese embrujo. Pero yo pienso que, sin que tenga



Foto CB

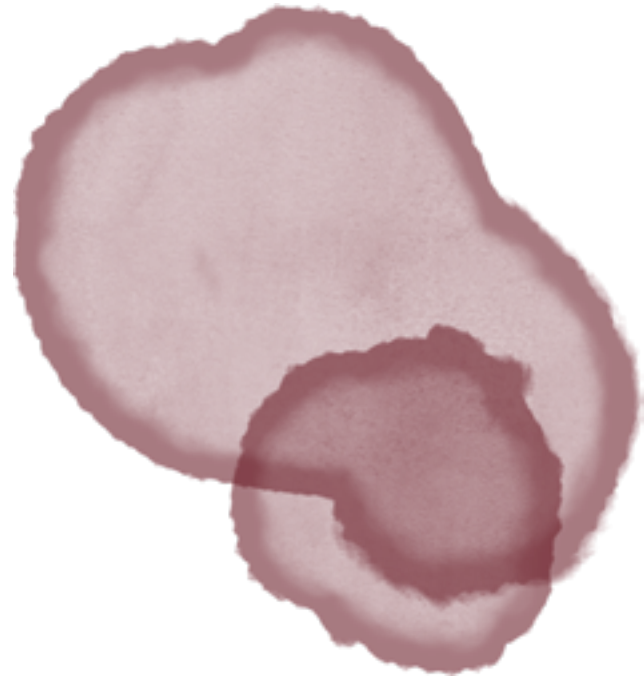
esta obra un mensaje específico o que nos cargue con una moralina, la solución la tenemos todos nosotros, hombres y mujeres, gobernantes y sociedad en general. Sí, debemos de sanar las heridas causadas a las mujeres, haciendo de este mundo un mundo mejor, respetando los valores que cada individuo posee.

Amando la vida y todo lo que ella nos ofrece. Olvidar la cultura de la opresión y del engaño y de la discriminación. Mujeres

y hombres, ante la ley, ante la naturaleza, somos iguales. Respetemos esas realidades. Margarita Ruiz Aguilar, nos sigue llevando de la mano por estos misterios mayas, por estas leyendas que se cumplen.

Gustavo se ha transformado en Jaguar y va a copular a Alejandra. La deja malherida, moribunda. Si ella muere por Gustavo, se acaba la sentencia de Balam Antsetik. Pero Alejandra sobrevive.

Y como la leyenda debe cumplirse y hacerse



realidad, Alejandra es impelida a desplazarse a Toniná, allí está la respuesta. En este lugar Alejandra encuentra a Gustavo. Él la desnuda, la besa. Gustavo empieza a transformarse en Jaguar, al convertirse copulan por última vez.

Así, acaba la maldición de BALAM ANTSETIK.

Lo que debo señalar es que esta novela nos hace ver con profundidad algunos aspectos específicos del mundo Maya. Cultura que hoy los mexicanos casi la ignoran por completo, no nada más sobre esta etnia, sino muchas más que viven en diferentes estados de la república. Algunos escritores sólo escriben sobre historias que nos hablan de pueblos lejanos y no precisamente de México. Este, pues, es otro de los valores que he encontrado en esta novela de Margarita Ruiz Aguilar. El hablarnos de unos aspectos de la cultura como la Maya, eso es acercarnos a nuestras raíces, eso es un esfuerzo para no perder rasgos fundamentales de nuestra historia.

BALAM ANTSETIK
La segunda era
Por Margarita Ruiz Aguilar
(Editado por
Grupo Rodrigo Porrúa 2017)



**¡CUIDADO! SI ABRE ESTAS PÁGINAS, LO HARÁ
A SU PROPIO RIESGO Y
RESPONSABILIDAD,
PUES AL HACERLO, LA PIÑATA SE ROMPERÁ
Y ARROJARÁ: ANUNCIOS, MAILS,
PUBLICIDAD, RECADOS, CARTAS DEL
PÚBLICO, FELICITACIONES, ETC.ETC.**

Querido Carlos:

Muchas, muchas felicidades. La revista es de primera, como objeto, como diseño, en el equilibrio de sus temas, por los autores que ya están contigo. Agradezco mucho tenerla, y agradezco igualmente la invitación a participar en ella. Pronto comenzaré a atosigarte. Un fuerte, fuerte abrazo.

Felipe Garrido
Ciudad de México

Estimado maestro:

Esperando que su buena merced se encuentre bien al igual que todos en casa, quiero felicitarlo por este nuevo proyecto que llega como un bálsamo para curar muchas de las heridas que nos ha dejado esta terrible pandemia, al estar distantes de muchos afectos y defectos de los que nos hemos tenido que alejar por meses.

Como un oasis para abreviar en las letras llega esta hermandad de textos que vienen a enriquecer e iluminar el horizonte de las publicaciones literarias, cada vez más escasas en medio de la crisis en que nos tiene sometida la 4T.

Muy buena presentación diseño, diagramación y contenido que aún estoy leyendo. Bien por los hermanos que se sumaron a este primer ejemplar, al que esperamos se sumen las plumas de alguna hermana por aquello de la paridad de género.

He subido la noticia de este feliz lanzamiento en Facebook maestro y espero que tan pronto termine esta mala jornada, podamos brindar por el éxito y futuro del “Diario de los hermanos de la tinta”.

Abrazos mil y el mejor de los éxitos en esta nueva misión maese.

Se le admira más que ayer.
Vale

Norma L. Domínguez
Villahermosa, Tabasco

CARTA A CARLOS BRACHO

Recuerdo de Diciembre de 2017

Fueron largas las charlas entre José y yo, que si la crisis se arreglaría, que si ... Que si yo me esfuerzo

pero no veo que la administración tome las medidas más importantes... Que si.....

--Perdone, quiere usted Lasagna o pollo....

--José, ¿damos un paseíto hasta la cabina del fondo para estirar las piernas?

El avión procedente de Madrid aterrizaba por fin, con dos horas de retraso, entrada la noche mexicana.

Olores nuevos durante el vuelo, comida picante; miradas cruzadas con rasgos indios, orientales, hispanas; mismo idioma, pinceladas de un amoroso mestizaje.

Después, largas colas de aduana, documentación: Todo en regla... Y al abrirse las puertas de salida, allí estaba el amigo Carlos, su figura destacada, su ropa negra, su coche negro, todo él prestando elegancia a la noche destemplada, llenando con su voz inconfundible el silencio de sus amigos durmientes:

--Hola!, ¿Cómo están sus Mercedes?

Qué enormidad me pareció la CDMX.! Estaba advertida, pero no calculé bien lo que los mapas mostraban. No sabía que ya circulaban incluso en el tercer piso, esto es, por el cielo.

Su ritmo acelerado de ciudad monstruosa nos tragó enseguida, pero la tenue luz del apartamento nos devolvió a un tiempo pasado; también presente, una sala silenciosa; una cocina con fruta, un café intenso, un caldo

preparado por M^aLuisa.

Veo fotos, muchas de don Bracho. ¡Un elefante!, ¡Una chica que no deja de mirarme!; y en el baño, huy, allí me quedo inmóvil, pensando ... ¡Hasta La Victoria siempre comandante!

Me sube el ánimo ésta casa, creo que me ha preparado para salir allí fuera ya y conocerte, México.

A la mañana siguiente nuestro anfitrión vino a buscarnos para comenzar la visita. Antes, una charla en la salita, recordando toda una vida, los esfuerzos, los éxitos, los sinsabores.

Don Bracho "Villa" -reza así una caricatura cubana-, luchador social incansable, pensador de la solidaridad y la igualdad, años y años; actor de larga trayectoria.

Quijote de la declamación popular, atravesando montañas, contemplando la prosa de las quimeras.

Intolerante con el factor humano corrupto, entrañable y cálido con el amigo próximo.

Voz respetable y respetada por su ejemplo, por su tesón en la lucha.

¿Y esa foto del elefante de larga trompa?

¿No sabes lo que me pasó una vez aquí en el DF?, me contestó:

--Se escaparon cinco elefantes del vagón del tren en el que venían, donados por Ringling Brothers, y andaban en manada por la colonia Santa María la Ribera. El domador que trataba de controlarlos, me pidió ayuda, me dijo que me encargara de cuidar a Judy, una enorme

elefanta: --¡Joven! coja por favor a la elefanta que yo me ocupo de los otros machos. ¿Quién yo? Sí. y, me atreví a lidiar con Judy. La gente corría delante de los animales asustados. Así que tuve que hablarle con voz fuerte y convincente: ¡Venga elefantita! ¡Ven por aquí! Para llevarla conmigo yo corría separado de ella, como a tres metros. ¿Te imaginas qué pudo haber pasado con mi persona de haber movido bruscamente su trompa enorme? ...

Bueno, hay que comenzar la visita. En marcha. Fuimos al Centro. El palacio de Bellas Artes; el edificio de Correos; Casa de los Azulejos; Zócalo, plaza de la Constitución, grandiosa plaza; inmensos tesoros en las esquinas, en los Palacios. Contrastes de la vida, joyerías de oro nuevo para el que compra, Monte de Piedad para el oro ya vivido, de aquel que no tiene más remedio que vender.

¿Y si tomáramos un café señores?, allí en La Blanca, con sus bollitos, con zumo de mandarina. Y en nueva tertulia entramos, esta vez al México de sus costumbres. La dueña quiere saludar a Don Carlos, ¡tan conocido! Unas fotografías, copias de otras antiguas, así era esta ciudad. Pero qué rico está el zumo!,

Y fue entonces, cuando todos miraban al personaje famoso, se abrió la puerta de la cocina. La señora de blanco, gorra delatora de su actividad, avanzó con paso decidido hacia nosotros. Lentamente abrió sus brazos deseando ofrecer su entusiasmo, y esperando recibir el abrazo soñado: ¡Por favor Don Carlos Bracho, venga y abrázame como abrazaba Vd a Amparo Rivelles!

¿Te das cuenta Carlos lo que te dijo la dama de manos curtidas y sonrisa cálida?, te brindó su corazón a cambió de una emoción, de un sentimiento. Eso es más fuerte que nada: "es la esencia de las cosas simples, ya que no está en su naturaleza sino en su evocación, y preserva nuestra memoria".

(Jorge Ruiz Dueñas)

Ya estoy de vuelta a casa, reviso las fotografías y acordándome de todo, me rindo ante esa escena, unos ojos conmovidos ante el recuerdo

del personaje humano, suspirando ante un beso intenso de la vida, quizá con fragancias de mandarina.

Agradecidos estamos por vuestra compañía, vuestros abrazos, esos gratos momentos, son un buen equipaje de vuelta. Hasta siempre, un placer.

Escrito hoy, noviembre de 2020

Crucita Osca
Madrid, España

Carlos: Ya vi la revista, felicidades,
es un proyecto hermoso. Bravo!!!!
Citlali Ferrer
Ciudad de México

Hola querido Carlos:

¡En hora buena! esta revista
estupenda y tan necesaria para
los que nos gusta la lectura
y amantes de la literatura.
membresía y cuál sería el
monto ya sea mensual, anual,
o bimestral. Por el momento ya
la he girado a algunos colegas y
amigos míos de la comunidad
intelectual Latina de este
territorio.

Josie Bortz
Argentina



Rogelio A. Herrera Bracho
abogado
55 3955 7514
rogelio.aldebaran@gmail.com

